EL ALMIRANTE YI SUN-SHIN, HEROE NAVAL DE COREA

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade
Capitán de navío (R), Armada de Chile
Academia Chilena de la Historia

TODOS LOS países con litoral que han tenido guerras a lo largo de su historia tienen sus héroes navales, justamente venerados por sus pueblos por cuanto hicieron en los conflictos en que se vieron envueltos y por el ejemplo que legaron a las generaciones que los han sucedido. Para el hombre occidental, generalmente su recuerdo histórico más impactante se remonta desde el siglo XVII adelante, vale decir, desde los reinados de Isabel I de Inglaterra, Felipe II de España y sus coetáneos, prescindiendo, por supuesto, de las muy anteriores aventuras marítimas escandinavas, romanas, griegas o cartaginesas. Resulta simple auscultar en las historias navales de los países europeos y americanos —y también en algunos asiáticos que han hecho noticias en años posteriores a los reinados que hemos mencionado— para encontrar aquellos hombres preclaros que descollaron en los conflictos marítimos y dieron tradición a sus respectivas marinas, pero podemos preguntarnos: y en los siglos anteriores y en otros países lejanos del Oriente, de los cuales tan poco se sabe entre nostros, ¿a quiénes podemos citar? Allí sí es difícil para el hombre occidental hallar fuentes fidedignas y sufientemente completas para destacar héroes navales legítimos que mirados a través del multiforme cristal de los años, se revelen como prominentes figuras, dignas de parangonarse con aquellos eximios personajes que dieron gloria y prez a sus respectivas patrias y cuyos nombres se han perpetuado en esos monumentos flotantes que son los buques de guerra.

Esta vez, para sacar del silencio histórico, quiero destacar una estrella que destelló fulgurante hace cuatro siglos, a comienzos de la primavera de 1592 en una desigual guerra que estalló en Corea, cuando el país fue invadido por tropas expedicionarias japonesas. Esa estrella rutilante fue el almirante coreano Yi Sun-Shin (1).

Pero bien vale un paréntesis aclaratorio y para el cual debemos retrotraernos en el tiempo hasta el comienzo de la dinastía Ming, en la milenaria China. Para abreviar, por cuanto seguir la historia de la China es cosa de volúmenes, me limitaré a la invasión de los mongoles, cuando en 1215 Gengis Kan se apoderó de Pekín, estableciendo la dinastía de los Yuan. El nieto del conquistador, Kubilai,

(1) En coreano se pronuncia I.

se proclamó emperador en 1280. Entre los países súbditos de China figuraba Corea, cuya primera dinastía fue fundada en 1120, antecesora de la dinastía Yi, que asumió el gobierno coreano en 1392, hasta 1910, generalmente, salvo algunas excepciones, bajo dependencia china. En ese siglo los coreanos adoptaron el budismo y empezaron a imitar la cultura del pueblo que los dominaba, el Celeste Imperio.

A todo esto, en la China, debido a una profunda anarquía, cayó Temur, el último de los Yuan y se rebeló el país. Chu Yuan-Chang se hizo popular y prohibió los saqueos. En 1356 se apoderó de Nankín y en 1368 ya era dueño de la China meridional hasta Cantón, marchando hacia Pekín. Chu Yuan-Chang, ya todopoderoso, adoptó el nombre de Hong Wu y a los 40 años se convirtió en el primer emperador de la brillante dinastía Ming, que se mantendría hasta 1644.

El segundo príncipe de esta dinastía fue Yong Lo, a cuya política codiciosa e imperialista sucede una serie de renunciaciones, protestas y descontentos de pueblos vecinos que se fueron anexando. Después de un largo tiempo de guerras de conquista, el pueblo chino quiere vivir en paz; su ideal militar se satisface logrando mantener a raya a los invasores de la estepa y a los piratas del mar. Estos últimos, particularmente japoneses, asociados con algunos bandidos chinos, fueron verdaderamente peligrosos. Ellos lograron poseer una flota de naves, cada una de las cuales podía transportar dos mil hombres, y en cuyo centro, a lo ancho del buque y entre toldilla y castillo había dispuesto un picadero para entrenar a los jinetes durante la travesía. ¡Parece increíble, pero es rigurosamente histórico! Esto ocurría en 1570.

Los piratas desvalijaron inicialmente los barcos chinos de los emperadores

Almirante Yi Sun-Shin, héroe naval de Corea.

Ming, acometiendo luego a las ciudades costeras y penetraron incluso en los estuarios, destruyendo importantes ciudades del interior.

Se organizaron milicias locales de autodefensa y con una numerosa flota de pesados juncos de combate y de rápidos esquifes de reconocimiento, las costas chinas y de Corea fueron liberadas de los piratas.

Pero los asuntos internos de Corea eran sumamente confusos y conflictivos. Las constantes luchas partidistas entre los grupos políticos provocaron el quebrantamiento de la ley y el orden, la corrupción predispuso al pueblo contra el gobierno, la disciplina militar se relajó y las armas quedaron olvidadas oxidándose en sus armerillos.

Por su parte, el Japón vivía un permanente proceso de rebeliones y desorganización económica, agravada por luchas intestinas; la agricultura arruinada, el comercio desarticulado, la vida cara y los impuestos excesivos. Este era el cuadro del Japón de Achikaga a mediados del siglo XVI. La guerra civil permanente entre los grandes señores feudales en que se desangraba el pueblo nipón dio origen a una generación de hombres excepcionales, entre ellos Toyotomi Hideyoshi, que lucharon para imponer una nueva concepción política, revolucionaria: la sumisión de los "daimos" (señores feudales) y de los eclesiásticos al interés nacional.

Nobunaga, el jefe de esos hombres, logró formar un poderoso conjunto territorial y dio un atrevido golpe sobre Kioto, apoderándose de la ciudad en 1568; destruyó el último Achikaga y se hizo proclamar único jefe temporal del imperio ("dainagón"), en 1573. Desbarató fácilmente las rebeliones, confiscó las tierras de los daimos e hizo respetar su autoridad.

El asesinato de Nobunaga planteó el problema del poder. Apoyándose en el ejército creado por Oda, Hideyoshi (1592-1598) impone su autoridad. Con el título de regente del reino, implanta en el Japón una dictadura militar y nacional. Continuador directo del pensamiento de Nobunaga, le superó en largueza de miras. Como héroe de una revolución popular, llevó a las altas esferas del gobierno las ansias y ambiciones del bajo pueblo: unidad en el Estado, política de expansión nipona, mantenimiento de buenas relaciones con los europeos, afirmación de la fe tradicional. Esperaba pues ansiosamente la oportunidad de conquistar el continente asiático. A raíz del intercambio comercial con los europeos se había provisto de armas de fuego recién inventadas y de modernos buques de guerra y, conociendo la situación política que reinaba en Corea, preparó un detallado plan para empezar por allí su campaña invasora, como un primer paso para la ocupación posterior de China.

Mientras esto ocurría en el Japón, en Corea se esperaba que tarde o temprano serían invadidos por las huestes del imperio japonés, pero jamás imaginaron una guerra en gran escala con millares de soldados y la verdad es que no estaban preparados contra esta agresión, que la veían venir, pero a mucho más largo plazo y con menor intensidad.

Fue entonces cuando fulguró en el cielo de Corea la brillante estrella de que hablábamos.

La personalidad de Yi Sun-Shin

Fue un almirante que se destacó en el cumplimiento del deber hacia su patria, por difícil que éste fuera, estimando el interés nacional por encima de su prosperidad personal. Mientras otros disfrutaban de la paz desatendiendo la defensa nacional, él empeñaba todos sus esfuerzos en entrenar a los oficiales y hombres bajo su mando para afrontar un conflicto que veía venir, ganándose con ello, por su lealtad, valor, devoción al deber y dedicación de toda su vida a un patriotismo inalterable, la admiración de las generaciones que lo han seguido y hoy está considerado como uno de los más grandes héroes de Corea, ocupando un sitial que, para los coreanos del sur, está en la misma línea de los grandes del mar en todas las naciones.

Yi Sun-Shin nació en Seúl el 28 de abril de 1545, durante un período de paz aparente, pero de gran inestabilidad política. Sus padres lo educaron con esmero e, inspirados en el confucionismo, le enseñaron sólidos principios de lealtad e imparcialidad, la veneración de los antepasados, las virtudes de la vida domés-

tica, la justicia y la humanidad como deberes de los soberanos y toda la doctrina del gran filósofo chino, elevado, después de muerto, a la divinidad.

Al crecer Sun-Shin intentó decididamente ser soldado y consagrarse a la defensa de su patria; pero tropezó con la negativa de sus padres, quienes dereaban fuera un erudito, para seguir con una honrosa tradición familiar y así, siempre obediente a los postulados de Confucio, siguió la voluntad de sus mayores dedicándose a los estudios sobre la historia y filosofía de China, distinguiéndose por su inteligencia y ganándose al mismo tiempo la admiración de sus condiscípulos por su entereza y su gran amor por la justicia.

A los 20 años, siguiendo la costumbre de la época, Yi Sun-Shin contrajo matrimonio y desde entonces debió preocuparse del sustento de su familia, sin dejar por ello sus ideales juveniles. Llegado el momento de decidir si seguiría en un cargo administrativo civil o sería un oficial militar, como eran sus deseos, no obstante presentársele una oportunidad de trabajo administrativo próspero y brillante, inquieto por el porvenir de su patria, decidió servirla en la carrera de las armas.

En octubre de 1566 empezó a dedicarse de lleno al aprendizaje de las artes militares y seis años más tarde, luego de una intensa preparación, viajó a Seúl al examen de selección de oficiales. Lamentablemente, por haberse quebrado una pierna en un accidente, hubo de posponer sus propósitos y siguió preparándose durante cuatro años, hasta llegar a ser aceptado en la carrera militar como oficial subalterno.

Prestó valiosos servicios en diversas guarniciones y conoció en detalle su país. Se distinguió por su valor, preparación y rectitud, incluso a riesgo de provocar el enojo de algunos superiores, cuyas arbitrariedades se negaba a aceptar. Por último recibió la orden de asumir el mando de la base naval de Bal-po, en la provincia de Cheulla y desde ese momento Yi Sun-Shi se hizo un verdadero marino, luchando por el progreso de las instalaciones a su cargo. Esto le causó no pocas acusaciones falsas por superiores mal intencionados y fue calumniado por sus rivales envidiosos, pero, finalmente en 1591, a los 46 años de edad, gracias a su talento e integridad, fue nombrado comandante de la Estación Naval de Cheulla, con el grado de almirante.

Un invento revolucionario

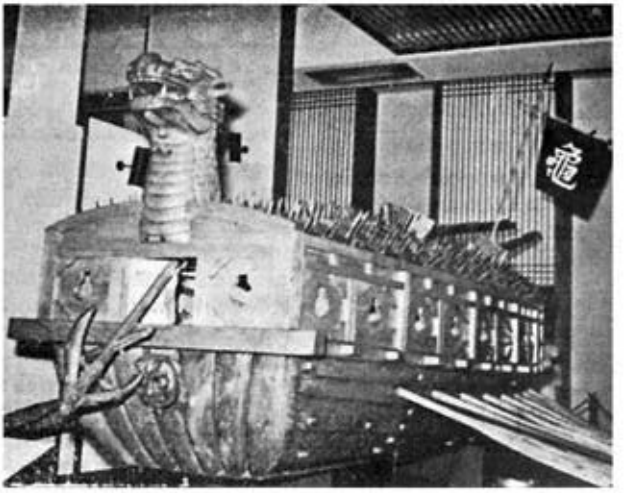
Lo primero que hizo Yi Sun-Shi desde el momento en que se hizo cargo de su nuevo puesto fue mejorar la eficiencia de la defensa marítima, pues él, como hombre de talento, mantenía una de las enseñanzas básicas de la historia, referidas a los países marítimos: "Ningún invasor que venga a través del mar puede obtener la victoria final a menos que mantenga el mar bajo su completo control". Y así, señalando la necesidad de la defensa marítima, solicitó urgentemente el fortalecimiento de la Armada, pero el gobierno no creyó inicialmente en esta necesidad y les dio mayor importancia a las fuerzas terrestres para proteger el reino contra una invasión.

No obstante las dificultades que debería afrontar, el almirante se preocupó de restablecer la disciplina entre su gente, inspeccionando las cinco bases a su mando y manteniéndolas permanentemente listas para el combate.

Mientras duraban sus preparativos para una posible guerra contra el Japón, Yi Sun comparó cuidadosamente la Armada japonesa con la coreana, estudió con detenimiento las acciones navales pasadas y presentes y se dedicó a diseñar un nuevo tipo de buque de guerra que pudiera hacer frente con éxito a la superioridad naval japonesa. Ideó una monstruosa embarcación como arma principal, a la vela y remo, protegida, en forma de tortuga, que podía maniobrar independientemente, infiltrándose entre un gran número de naves enemigas para hacer el máximo de daño con un mínimo de riesgo para su tripulación.

Este buque blindado, llamado "buque tortuga" por su forma tan parecida a este animal, era algo verdaderamente inusitado hasta la fecha. El propio almirante lo describe así en un informe al gobierno:

"En preparación para una invasión japonesa diseñé y construí un buque tortuga. La proa está equipada con una cabeza de dragón a través de la cual se disparan cañones. La cubierta superior está



Un modelo del "buque tortuga", un acorazado blindado inventado por el almirante Yi Sun-Shin, con el cual él derrotó a las armadas invasoras japonesas en el siglo XVI.

protegida por una plancha blindada a la cual se han adherido filudos cuchillos, cabezas de lanzas y estacas. La tripulación puede divisar al enemigo y disparar los cañones a través de portas mientras permanecen bajo la protección de la cubierta blindada. Este buque fácilmente es capaz de batirse con cientos de buques enemigos y atacarlos con ventaja".

Según una descripción publicada unos dos siglos más tarde:

"Como cualquier otro buque coreano no tenía quilla. Su eslora era de 64 pies 8 pulgadas y tenía una manga de 12 pies en la proa, 14 pies 5 pulgadas al medio y 10 pies 6 pulgadas en la popa.

Los costados del buque consistían en 7 tracas cada una de ellas un poco más larga que la inferior. La de más abajo tenía 68 pies y la de más arriba 113. Todos los cuartones de madera del fondo y los costados eran de 4 pulgadas de grosor.

Desde la parte superior de las amuradas un techo inclinado de 11 tablones a cada lado se extendía hacia adentro cubriendo todo el buque excepto en el centro, donde había una ranura o abertura de un pie y medio que se extendía hacia popa desde el centro del buque, para facilitar el izamiento y abatimiento del mástil.

En la proa estaba la cabeza de tortuga donde se quemaba una combinación de sulfuro y salitre emitiendo grandes nubes de humo como una niebla de modo que el enemigo no podía ver el buque.

Había 10 remos a cada lado. Las amuradas en ambos costados estaban provistas de no menos de 12 portas y 22 troneras.

Bajo cubierta, la parte central de la cala estaba ocupada por una doble hilera de 12 cabinas, 5 de ellas usadas como santabárbaras y para guardar armas y equipos y las 19 restantes para los marinos y soldados".

Al parecer, la cubierta principal la habían dejado libre para los combatientes excepto por el mástil y dos cabinas, a la derecha la del comandante y a la izquierda la del segundo.

Los fondos para la construcción de estos buques no fueron proporcionados por el gobierno sino reunidos gracias a la perseverancia del almirante y a su deseo de proteger a su nación contra el enemigo.

Siendo vasallo de China, la Corte de Corea cesó en 1587 de enviar embajadores a Kioto, lo cual disgustó a Hideyoshi, el dueño y señor del Japón y éste fue el preludio del cruento conflicto. Años más tarde, el soberano japonés intentó des-

ligar a Corea de la tutela china y, fracasado en su propósito, preparó la primera expedición militar.

La invasión japonesa se inició el 13 de abril de 1592 cuando una fuerza expedicionaria compuesta por unos 160.000 soldados conducidos a bordo de 700 naves desembarcó en Pusán, llegando a Seúl el 2 de mayo y extendiéndose por casi todo el territorio en el lapso de dos meses, después de haber destruido las fuerzas terrestres coreanas halladas a su paso, sembrando la desolación en el país.

Las campañas navales

Enterado del desembarco japonés en Pusán, el almirante Yi Sun-Shin, antes de poner término a su espectacular invento naval, la monstruosa tortuga blindada, logró reunir una flota de 85 buques, de los cuales 24 eran de combate, 15 de exploración y el resto lanchas pesqueras ocupadas como correos. Salió de su base en Yeusoo y en rápidos ataques, sabiamente planeados y ejecutados, barrió con cuanta nave japonesa se le puso por delante.

Mientras esperaba una nueva oportunidad de atacar, tuvo noticias que el rey había abandonado Seúl para refugiarse en el occidente, en vista de lo cual decidió retornar a su base en espera de los acontecimientos. El resultado brillante de esta primera campaña, conocida como de Ohk-po, impidió que los japoneses avanzaran hacia el oeste y sirvió para disputar el dominio del mar, conquista que a Corea cada vez se facilitaba más, gracias al talento de este gran almirante.

Por su parte, la flota japonesa, envalentonada por el éxito de sus fuerzas terrestres, había ido ocupando uno a uno los islotes de la costa sur, avanzando hacia el oeste en dirección a la provincia de Cheulla.

Para evitar que su flota quedara atrapada en su base, el almirante Yi, luego de organizar cuidadosamente la defensa de Yeusoo y sus aledaños, zarpó al encuentro de los japoneses.

En esta segunda expedición, conocida como campaña naval de Tang-po, empleó por primera vez sus famosos buques tortuga, sembrando la confusión entre los enemigos y destruyendo 72 de sus naves de combate. Ahora las fuerzas japonesas quedaron prácticamente desmanteladas, fuera de aquellas hundidas con los espolones; sus arqueros disparaban en balde; las flechas no atravesaban el caparazón de púas de estos nuevos monstruos metálicos. Tampoco tuvieron oportunidad de abordaje alguno, pues no había cómo penetrar a las naves tortugas. Todo ello sin perjuicio de la excelente capacidad de maniobra de los coreanos.

Después de esta exitosa campaña y mientras Yi Sun-Shin se preparaba en Yeusoo para una nueva operación, los jefes navales japoneses, que prefirieron irse a pelear en tierra en virtud de los fáciles triunfos iniciales de Hideyoshi, confiados en que sus flotas podían operar sin su mando inmediato e ignorantes de sus recientes derrotas en el mar, se vieron ahora obligados a retornar a las de Dong po y Pusán para reconstruir sus fuerzas navales y vengarse de las verdaderas palizas recibidas en un medio donde se consideraban invencibles.

Por su parte, Toyotomi Hideyoshi, no obstante su satisfacción por las sucesivas victorias de sus fuerzas militares en los combates terrestres, montó en cólera al enterarse de las continuas derrotas de sus fuerzas navales, quedando con sus líneas de comunicaciones marítimas virtualmente cortadas y por consiguiente, en precaria situación para recibir apoyo logístico o refuerzos en caso de cualquier revés. Sabía, como buen estratega, que sin el dominio del mar le sería imposible cumplir su ambición de conquistar China. Sin dilación dio severas órdenes de organizar una nueva flota en gran escala y, a comienzos de julio de 1592, esta fuerza, más poderosa que nunca, avanzaba desafiante desde el suroeste.

Yi Sun-Shin reunió bajo su mando las escuadras de la provincia de Cheulla disminuyendo fuerzas de otras provincias y zarpó con 55 buques en busca del enemigo.

El encuentro se produjo frente al islote Hahnsan, donde tras un encarnizado combate que duró todo un día, la flota coreana volvió a imponerse, hundiendo 47 buques enemigos y capturando otros 12, mientras el jefe de las fuerzas japonesas, almirante Wakizaka, se retiraba

con las 14 naves restantes. Los buques tortuga eran virtualmente invulnerables.

Al cabo de dos días, informado de la presencia de 42 grandes buques enemigos en Angol po, el almirante Yi condujo a su flota a una nueva victoria, quemando y hundiendo casi todas estas naves, mientras sus tripulantes huían despavoridos hacia tierra.

Con sólo 19 muertos y 114 heridos y sin perder un solo buque, la flota coreana retornó a su base.

La gran victoria de Hahnsan cambió por fin la situación en el frente terrestre, obligando a una retirada japonesa por falta de refuerzos y abastecimientos. Quedó sí, una fuerte guarnición en Pusán, donde los japoneses recibieron órdenes de construir fortalezas en los puertos importantes de esta base y defenderse sin atacar al enemigo en el mar, mientras no recibieran un considerable refuerzo naval desde el Japón.

Por su parte Yi, siempre dispuesto a barrer a los japoneses de Corea, se preparaba para la victoria final, pues estaba seguro que después de las derrotas sufridas éstos intentarían otra invasión con fuerzas mucho mayores. Constantemente enviaba sus buques exploradores para mantenerse informado de los movimientos del enemigo. Con toda la información recolectada, Yi llegó a la conclusión que pronto los japoneses volverían por el Mar del Japón y planeó un ataque decisivo contra Pusán.

De tal manera, a fines de agosto de 1592 se dio comienzo a la cuarta campaña, en la cual Yi llevaba 74 buques de combate y 96 naves menores, con las cuales destruyó y quemó cada nave japonesa que halló a su paso. Más de 100 barcos fueron destruidos, mientras los japoneses se refugiaban en sus fortalezas y nuevamente Yi Sun-Shin volvió victorioso a su base con sólo 6 muertos y 25 heridos.

El problema estratégico

A medida que en el mar el almirante Yi ganaba victoria tras victoria, en tierra el pueblo se alzaba en armas contra los japoneses obligándolos a replegarse hacia el sur, pero sin lograr una ventaja decisiva, aunque para entonces ya contaban con los refuerzos llegados desde China.

Ante el fracaso de su plan original de dominar todo el territorio coreano, los invasores procuraron prolongar la guerra con el pretexto de un tratado de paz, que fue aceptado por el gobierno coreano y el general chino Li Yo-Shung. Fue así como las tropas japonesas empezaron a retirarse de Seúl en abril de 1593, concentrándose en la provincia de Kyunsang.

Comenzó entonces un período de cuatro años, hasta 1597, en que se mantuvo un estado virtual de cese del fuego, interrumpido en cualquier momento. Durante este tiempo el almirante Yi no descuidó por un instante la preparación de sus fuerzas simultáneamente con las labores administrativas encomendadas por su gobierno, demostrando con ello no sólo ser un gran almirante sino también un excelente administrador.

No obstante la tregua, los japoneses intentaron en 1593 constantemente atacar la provincia de Cheulla y aunque Yi Sun-Shin tenía por misión defender esa región por el mar, también tomó medidas defensivas en sus posiciones terrestres, por medio de voluntarios.

Mientras Yi esperaba el momento en que las tropas terrestres le cooperaran, la guerra en el mar quedó en suspenso, al igual que las negociaciones de paz en tierra. Sin embargo, seguían intentando invadir la provincia de Cheulla, con nuevos refuerzos llegados de su patria, hacia Pusán, cuyas líneas de comunicaciones no cortó Yi Sun, por falta de apoyo terrestre para defender su base.

Vista la situación, el gobierno coreano ordenó a Yi Sun-Shin perentoriamente organizar las fuerzas navales para destruir las naves enemigas que traían refuerzos del Japón, sin tomar en cuenta el mal estado de los buques de Yi y sin mencionar para nada las tropas terrestres.

En cumplimiento de esta orden el almirante reinició sus operaciones de rebusca, concluyendo que los japoneses cada vez eran más fuertes y más numerosos que nunca y para destruirlos era indispensable una operación conjunta desde tierra y mar simultáneamente.

A mediados de 1593 se empezaron a reunir en Oong-po y sus alrededores 800 buques japoneses, haciendo para Yi cada vez más difícil atacarlos con sólo sus fuerzas navales y ningún apoyo terrestre.

Si bien Yi Sun-Shin actuaba como jefe supremo de la flota, no había aún sido nombrado oficialmente por el rey. Ante esta situación, surgió Won Kyung, un jefe naval envidioso de la popularidad y prestigio del almirante Yi, quien se negó a cooperar al almirante, provocando desconcierto en la flota y a medida que pasaba el tiempo, la interferencia de los generales al mando de los refuerzos llegados de China se hacía más pronunciada, creando confusión entre las fuerzas coreanas.

Por un lado el almirante Yi vigilaba los movimientos japoneses y moderaba la intromisión china y por otro se preocupaba de mejorar su preparación operativa construyendo nuevos buques y armas y acumulando provisiones. En espera de la acción de las tropas terrestres coreanas, organizó una perfecta línea de defensa alrededor de Hahnsan y una vez obtenida la autorización del rey, se dirigió hacia allá. En octubre de 1593 el rey lo designó Comandante en Jefe de las fuerzas navales coreanas.

Establecido en Hahnsan se dedicó a abastecerse, mejorar las comunicaciones con el gobierno, inventar nuevas armas y construir nuevos buques. A fines de 1593 tenía 500 naves recién construidas y completamente equipadas.

Otras campañas navales

Junto con fortalecer su flota, el almirante Yi Sun-Shin incrementó sus medios de inteligencia y seguridad por medio de puestos de vigías en las montañas circundantes y apostando centinelas al acecho en áreas importantes.

A comienzos de 1594 los invasores empezaron a moverse hacia Chinghae y Kosung, quemando casas y matando gente inocente. Por esa misma fecha el almirante recibía la orden del gobierno de expulsar a estos expedicionarios y una semana más tarde el Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas coreanas le informaba que había decidido firmar la paz con Japón.

Confuso ante estas contradicciones, Yi Sun-Shin prefirió tomar su propia decisión basándose en las informaciones que él mismo podía reunir y al enterarse que el enemigo estaba apareciendo en pequeños grupos, resolvió atacarlo.

El 4 de marzo se dirigió a Tanghangpo a interceptar una flotilla japonesa que salía del puerto. A medida que los buques enemigos aparecían, la flota coreana los atacaba por ambos flancos, incendiándolos, mientras sus tripulaciones escapaban hacia tierra. En dos días terminó con todos, sin disparar un cañonazo.

De regreso a su base, recibió una carta de un general chino, en la cual éste le aconsejaba negociar la paz con el Japón, pero Yi Sun-Shin, desentendiéndose de tales proposiciones, siguió adelante con sus planes de atacar al invasor, a medida que lo viera en el mar.

Cuatro meses más tarde la Armada japonesa volvió a movilizarse y ante este nuevo avance enemigo Yi Sun-Shin se puso en pie de guerra para destruirlo en Changmun-po. A comienzos de octubre, después de dos días de combate, los japoneses se retiraron dejando una carta en la cual declaraban estar negociando la paz con el gobierno chino. Siempre por falta de apoyo terrestre, Yi Sun-Shin tuvo que contentarse una vez más con haber impedido el avance del enemigo por mar, pero sólo hacia el oeste, pues las líneas de comunicaciones del Japón a Pusán no habían sido cortadas y el Japón tenía libertad de acción para enviar refuerzos a Corea sin ser interceptado.

Intrigas

Mientras Yi Sun-Shin ocupaba el cargo de Comandante en Jefe de la Armada, Won Kyung, envidioso de sus triunfos, planeaba su caída y le provocaba problemas cuando podía, llegando incluso a diferir el cumplimiento de sus órdenes durante los combates. Aunque por esto podría haberlo sancionado severamente, el almirante prefirió mantenerse indiferente, fiel a sus principios de no permitir que sus sentimientos personales interfirieran en el cumplimiento del deber.

Siempre había dirigido a sus hombres con bondad y comprensión; pero después de un tiempo notó que su ascendiente se había debilitado por la intrigante actuación de su desleal subordinado. Ante esto, en lugar de vengarse del culpable, tomó una trascendental decisión por amor a su patria, y así, a fines de 1594, a los 50 años de edad, pidió su retiro del servicio. El gobierno, después de cuidado-

sas consideraciones, rechazó su retiro y lo confirmó en su puesto, trasladando en cambio a Won Kyung a otra provincia, en una actitud que se considera débil.

A todo esto, las conversaciones de paz con el Japón se prolongaron hasta 1596 y finalmente fracasaron. Los japoneses se prepararon a comienzos del año siguiente para volver a atacar. Comprendían que mientras Yi Sun-Shin se mantuviera en su puesto, en su propósito de seguir en la defensiva estratégica que se había trazado, no podrían cabalmente cumplir con su objetivo; de allí que, mediante falsas declaraciones procuraron atraerlo a un combate naval ante fuerzas muy superiores, donde fácilmente podrían destruirlo. pero el almirante, receloso y comprendiendo que la seguridad de sus bases era fundamental para la estrategia elegida, no se dejó engañar, negándose a exponer inútilmente su flota.

El gobierno coreano, no obstante haberle dado la razón a Yin Sun-Shin, instigado por el insidioso Won Kyung, acusó al almirante Yi de negligencia en el cumplimiento del deber y olvidándose o desentendiéndose de sus méritos, creyó más en las palabras falaces e intrigantes y lo destituyó de su puesto, enviándolo prisionero a Seúl para juzgarlo por traición a la patria, al mismo tiempo que nombraba a Won Kyung Comandante en Jefe de la Armada.

Durante el juicio, sus enemigos lograron incluso que el juez solicitara al rey su pena de muerte. En esa emergencia muchas personas apelaron en su favor y movieron toda clase de influencias, pero estas peticiones fueron ignoradas hasta que un Ministro de Estado, convencido de su lealtad y seguro de que era el único que podría salvar al país, logró persuadir al rey que le concediera una amnistía y le permitiera seguir sirviendo a la patria.

Yi Sun-Shin salvó su vida, que había estado en serio peligro, pero no fue exonerado de los cargos en su contra y en castigo fue enviado a Chogae para servir como simple marinero.

Sin una sola queja, no hablando mal de nadie, hermético en sus expresiones hacia quienes labraron su desdicha, pobremente vestido y alojándose en las casas más humildes durante un viaje lleno de penalidades en el que los parásitos laceraron su cuerpo, llegó finalmente a su destino en junio de 1597.

Las consecuencias de medidas desatinadas

Una vez que el soberbio Won Kyung se hizo cargo del mando debido a sus turbios manejos, introdujo toda clase de cambios, deteriorando la disciplina entre sus hombres, al mismo tiempo que abusaba de su puesto para obtener privilegios personales, sin preocuparse verdaderamente de la defensa del país.

Los japoneses se preparaban activamente para una ofensiva hacia la isla Kadeuk y la ciudad de Pusán, con sus aledaños, hallándose listos para la acción a fines de junio de 1597.

Por esa misma época el gobierno coreano, dando crédito a un informe enviado por los propios japoneses a través de un espía, ordenaba a las fuerzas navales avanzar hasta Pusán.

Won Kyung, mal adiestradas sus fuerzas e imposibilitado de rechazar esta orden, salió a mediados de junio con una flota de 200 buques para retornar al cabo de unos días sin ningún resultado. Estaba fructificando la maniobra japonesa, pues libre el paso hacia Pusán, avanzó su flota. Al poco tiempo Won Kyung recibió la orden de efectuar otra campaña y salió hacia Pusán el 4 de julio. Esta vez fue atacado por los japoneses, quienes después de dispersar su flota, destruyeron algunos de sus buques. Ante el fracaso, se dirigió a la isla Kadeuk y ordenó a sus tripulaciones desembarcar para tomar un descanso, pero, por falta de previsión, ésta fue sorprendida en tierra, logrando escapar hacia el interior de la isla, después de graves pérdidas.

Furioso por el descalabro y sin reflexionar en los errores cometidos, no tomó ninguna medida para llevar a su flota a un refugio más seguro y el 15 de julio fue atacado nuevamente. Sintiéndose incapaz de resistir la embestida japonesa, en medio de la batalla abandonó su puesto y se dio a la fuga, pero muchos de sus subordinados siguieron combatiendo hasta la muerte a pesar de la defección de su jefe. En esa oportunidad se perdieron más de 160 buques. Este de-

sastre, conocido en la historia naval con el nombre de la campaña de Chillcheun-ryang, fue el primero y único encuentro, durante siete años de guerra, en que las fuerzas navales coreanas resultaron derrotadas.

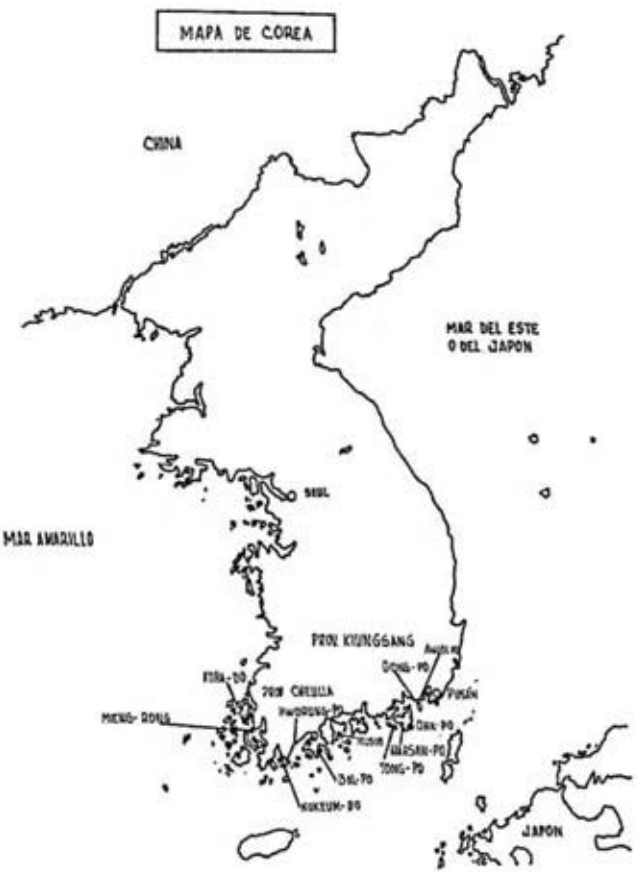
Al poco tiempo, Hahnsan-do, bastión de las fuerzas navales coreanas, caía en poder del enemigo y sus tropas empezaban a invadir la provincia de Cheulla.

Enterado Yi Sun-Shin de esta infausta noticia, obtuvo la autorización de Kum-Yull, jefe de las Fuerzas Armadas coreanas, para dirigirse al encuentro de los sobrevivientes y, no obstante haber enfermado durante el viaje, se hizo cargo inmediatamente de la situación.

Ahora, comprendiendo y lamentando el tremendo error y la injusticia cometidos, el rey lo nombraba nuevamente Comandante en Jefe de las fuerzas navales, de las cuales Yi Sun asumió su cargo en Hwoerung-po ante 120 soldados y 12 buques, todo cuanto restaba de aquellas florecientes fuerzas que indignamente le quitaron. Cambió de fondeadero a puertos de mayor capacidad de maniobra y volvió a alistar su flota. A todo esto su salud iba empeorándose cada vez más, hasta llegar un momento en que no pudo permanecer a bordo.

Gran victoria en el estrecho de Mieng-Riang

La corte coreana, estimando que con tan pocos buques nada podía hacerse, solicitó a Yin Sun-Shin que disolviera las fuerzas navales para pasar a servir con sus hombres en combates terrestres, pero el almirante no escatimó esfuerzos por mantenerlas y logró convencer a quienes en otro tiempo lo desoyeron, de no des-



hacer la escuadra. El hacerlo habría sido fatal para Corea, pues entregaría el mar a su enemigo, la única vía de comunicación que puede tener un país que está formado por islas. Realmente resulta inconcebible el criterio de quienes dirigían la guerra.

Entretanto, la flota enemiga, sin saberlo, se acercaba a las fuerzas navales coreanas, hasta que ambas se avistaron mutuamente y el 28 de agosto de 1597 intentaron atacar en Euran-po, pero ante la resuelta actitud de Yi Sun Shin escaparon al instante. Ahora mandaba la flota coreana un verdadero almirante, no un monigote vanidoso, capaz sólo de alternar entre los cortesanos y ganar prebendas desprestigiando a los hombres de valor que le hacían sombra a su ambición desmesurada.

Yi Sun-Shin, suponiendo con acierto que, conocida su posición por el enemigo, sería atacado pronto en gran escala, partió hacia un pequeño puerto cerca del estrecho de Mieng-Ryang, donde rechazó con éxito tres ataques menores. Luego, informado de la presencia de 55 naves japonesas en Euran-po, decidió buscar un lugar más protegido y se dirigió a Ousooyeung atravesando el estrecho. Al día siguiente, 113 buques enemigos avanzaron desafiantes por el angosto estrecho con corriente a favor, poniendo en grave aprieto a las doce naves coreanas. Yi Sun Shin, alentando a sus hombres con arrojo, se batió desesperadamente y consiguió destruir la capitana enemiga, resultando muerto en este asalto el jefe de las fuerzas japonesas, Madashi.

La desaparición de éste provocó un verdadero caos entre los japoneses; la corriente que hasta entonces les había sido favorable, empezó a cambiar en su contra y los coreanos, aprovechando la confusión, redoblaron sus ataques, destruyendo 31 buques enemigos y obligando a retirarse a los restantes.

Esta victoria naval fue muy importante, porque obligó a los japoneses a cambiar sus planes, marcando el punto culminante de la guerra.

Yi Sun-Shin reconstruye su poder naval

Después del combate del estrecho de Mieng-Ryang, el almirante patrulló la región por más de un mes y luego se instaló con sus fuerzas en Koha-do, un poco al norte de la salida occidental del mencionado estrecho.

Al tener que alimentar y vestir más de 1.000 hombres y viendo que los recursos económicos no serían suficientes, ideó el emitir un pasaporte para todos los buques que navegaran a lo largo de la costa y quien no lo tuviera, sería considerado espía y castigado. Sólo se daría el pase a aquellos que comprobaran su identidad y tendría que ser pagado en arroz. Esta idea surtió efecto. No sólo obtuvo provisiones, sino también pudo controlar la presencia de buques de reconocimiento enemigos que navegaran cerca del litoral.

Cuando la noticia de la sonada victoria del estrecho llegó a la corte de Seúl, a Yi Sun-Shin le llovieron las recompensas y felicitaciones. El rey le escribió una carta personal y los generales chinos le colmaron de presentes y alabanzas; pero en medio de este clima de admiración, el almirante nunca olvidó su plan de aprovisionamiento. Para él primero estaban las necesidades de su flota. Lo demás era secundario.

En cerca de tres meses había reunido más de 8.000 hombres bajo su mando y se había provisto de medios casi tan completos como los que tenía en Hahnsan.

Reconocimiento de China a sus servicios

En febrero de 1598, el almirante Yi trasladaba su base a Kogeum-do, puerto que por sus características constituía una verdadera fortaleza natural, preocupándose, como siempre, de la instalación y aprovisionamiento de su gente. Ahora tenía fuerzas muy superiores a las de Hahnsan, por el gran número de voluntarios y refugiados que lo habían seguido. En tierra, mientras, se vigorizaban las fuerzas.

En julio de ese año llegaba a Kogeumdo una flota china de refuerzo, bajo las órdenes del almirante Chen Lin, de gran fama por su carácter violento y agresivo. Yi Sun-Shin consiguió, sin embargo, con paciencia e inteligencia sutil, aplacarlo, haciéndolo partícipe de todas las victorias de las fuerzas navales coreanas contra los buques japoneses que trataban de acercarse a su base.

El almirante Chen Lin, impresionado por el admirable carácter y la excelente

estrategia de Yi Sun-Shin, lo consideró un hombre superior y realmente de excepción y así muchas veces le propuso que entrara al servicio de China, pero Yi Sun-Shin, cortésmente, rechazó tales invitaciones, pues él jamás abandonaría su tierra natal para servir a otra nación, por grande que ésta fuera.

No obstante su negativa, a instancias de Chen Lin, el emperador Ming le concedió entre otras distinciones, el "Sello de Almirante de las Fuerzas Navales Ming" en reconocimiento de sus servicios.

Ultimas campañas

Mientras la flota unida destruía los buques enemigos que osaban aparecer cerca de Kogeum-do, las tropas japonesas se ponían en movimiento, esta vez para organizar secretamente la retirada total de Corea, ordenada por Toyotomi Hideyoshi en agosto de 1598, poco antes de su muerte.

Los generales coreanos y chinos, sin saber con certeza lo que estos movimientos significaban, vacilaban en efectuar un ataque general, pero Yi Sun-Shin, a juzgar por las circunstancias que reinaban en Japón y por las maniobras de las tropas, estimó que verdaderamente se trataba de una retirada y, en consecuencia, salió de su base dispuesto a aniquilar al enemigo, efectuando varios ataques a partir de septiembre contra las tropas de Konishi, aisladas en Waekyo.

Reconociendo que hallándose solo no tenía escapatoria, Konishi ofreció grandes sobornos a los jefes chinos e incluso al propio Yi Sun Shin. Este los rechazó indignado, más no así los primeros y Konishi logró enviar un buque mensajero por el cual solicitaba la reunión de las fuerzas navales japonesas para ayudarle a romper el férreo cerco a que lo tenía sometido el almirante Yi en el mar.

Cuando Yi Sun-Shin supo de la salida de este buque mensajero, puso fin a las operaciones de Waekyo y suponiendo un inminente ataque naval enemigo, comenzó a trazar urgentemente nuevos planes para destruir a las naves japonesas.

Tal como lo pensó, más de 500 buques enemigos se preparaban, a mediados de noviembre, para enfrentar a las flotas unidas entre Noryang y Waekyo. Confirmada la noticia, el 18 de noviembre, al atardecer, decidió efectuar un ataque nocturno general contra la flota japonesa.

Atónitos y confundidos por la sorpresa, los escuadrones japoneses al comienzo se desordenaron, para iniciar luego un contragolpe desesperado, empleando todas sus armas.

La ardorosa batalla continuaba en la mañana del día siguiente y los japoneses arrinconados hacia tierra, iniciaron un nuevo contraataque. En ese intento perdieron más de 200 buques y una cantidad enorme de soldados resultaron muertos o heridos.

El escuadrón controlado por el propio almirante seguía al grueso de la flota japonesa cuando una bala lo hirió de muerte en la axila izquierda. El, en su ardiente deseo de salvar a su patria, olvidándose de sí mismo, con su último aliento ordenó que lo cubrieran con un escudo y que su muerte no se diera a conocer hasta ganar la batalla. Y así, el 19 de noviembre de 1598, a los 54 años de edad, el almirante Yi Sun-Shin terminaba su gloriosa vida, mientras sus hombres seguían combatiendo.

Finalmente, Konishi apenas logró escapar, totalmente derrotado, abandonando al resto de sus buques que aún se mantenían a flote.

Esta fue la campaña de Noryang, con la cual se puso fin a una guerra de 6 años. Desde entonces los japoneses no intentaron invadir Corea por más de 300 años.

La gloria del héroe

Aun cuando los japoneses se hallaban sin jefe por la muerte de Hideyoshi y comenzaron la retirada, la batalla del 19 de noviembre de 1598 fue decisiva y, en lugar de ser celebrada en Corea con alborozo y escucharse tambores y gritos de victoria, los aires se estremecieron de congoja y llantos.

La repentina muerte de Yi Sun-Shin fue un gran golpe para su pueblo, quien perdía al mismo tiempo un gran líder, a un símbolo viviente del patriotismo y a alguien muy querido.

La noticia se esparció por el país llenando a todos de aflicción. El rey, la no-

bleza, la civilidad entera, ancianos, hombres y mujeres, no podían consolarse ante la desaparición de su héroe nacional.

En todo el país se hicieron innumerables ceremonias en su honor y los mensajes de condolencia eran leídos en medio del sollozar de las gentes.

Durante sus funerales el rey le concedió póstumamente un alto rango y ordenó efectuar servicios especiales por su alma.

Fue Yi Sun Shin un gran almirante. En su desempeño, que fue a todas luces brillante, se ciñó a las buenas prácticas que enseña la estrategia naval. No descuidó uno solo de los principios de la guerra. Siempre mantuvo su objeto y operó permanentemente en concentración de fuerzas a la ofensiva. De una personalidad extraordinaria, querido de sus subalternos y disciplinado en todos sus aspectos. Respetuoso de los demás y estoico ante la adversidad. Pudo haber tomado medidas punitivas contra los envidiosos y no lo hizo, pues en su corazón no albergaba odios ni rencores. Fue un patriota extraordinario, honrado a carta cabal; nacionalista convencido y fue vilipendiado sólo a causa de su enorme amor patrio. En la guerra desarrolló una defensiva estratégica, actividad indicada por cuanto no recibió apoyo de tierra que defendiera sus barcos y, sin embargo, manteniendo esta actitud estratégica, empleó la ofensiva en cuanta oportunidad tuvo y en una ofensiva furiosa y resuelta, cayó combatiendo.

Fue un hombre que jamás descuidó el principio de la seguridad, estableciendo cadenas de vigías que lo mantenían permanentemente informado de los movimientos del enemigo y con la sorpresa obtuvo sus mayores éxitos. La prueba concluyente fueron sus buques tortuga, ingenio realmente audaz y que revelaba su clara inteligencia.

Han pasado más de tres siglos desde su muerte, pero su recuerdo perdura en la mente de los coreanos del sur. Muchos santuarios han sido consagrados a su memoria y dondequiera que estuvo se han levantado estatuas o monumentos que son el testimonio más evidente que en Corea nunca morirá verdaderamente, mientras subsista aquel pueblo por el cual luchó denodadamente hasta la entrega de su vida.

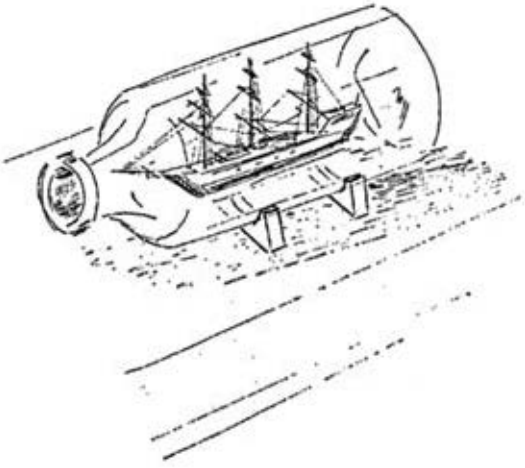
Bibliografía:

—Historia General Moderna. Tomo I — J. Vicens Vives - Barcelona, 1951.

—Enciclopedia Universal Sopena, Barcelona, 1963.

—Enciclopedia General del Mar - Edit. Garriga - Barcelona, 1958.

—Enciclopedia Universal Espasa.

—Enciclopedia Universal Larousse.

—Yi Sun-Shin. A National hero of Korea - Jho Sung-do. Choongmoo-cong Society. Naval Academy Korea. 1970.